

Grupo Temático N° 4: Trabajo, trabajadores y estructura social

Coordinadores: Ricardo Donaire, Germán Rosati y Rodolfo Elbert

Trabajo y familia: estructura laboral y distribución de roles familiares

Autor/es: Ana Kukurutz

E – mails: anakukurutz@gmail.com

Autor/es: Daniela Ruiz

E – mails: dparuz@gmail.com

Pertenencia institucional: Facultad de Ciencias Sociales - UBA

Abstract

Las políticas neoliberales aplicadas en la década de los '90 repercutieron sobre el mercado laboral, conllevando un aumento de la desocupación, la informalidad y la precariedad. En este contexto, la relación de los hogares con el mercado laboral se vio resentida.

Esta situación comenzó a revertirse durante la última década a partir de la reactivación del empleo y un conjunto de políticas públicas de transferencias de ingresos. Estos cambios en la estructura no impactaron en las relaciones de género al interior de los hogares aunque sí dieron cuenta de una mejor posición de las mujeres jefas de hogar ocupadas, quienes ocupan en mayor medida que sus pares varones puestos laborales de nivel alto y medio. ¿Cómo impactaron estos cambios al interior de los hogares? ¿Cuál es la situación de los hogares conyugales? ¿Se verifica algún cambio en los roles de las mujeres cónyuges?

En el presente trabajo intentaremos dar respuestas a estas preguntas a través del análisis de la estructura ocupacional urbana de la Argentina y de las fuentes de ingresos de los hogares. La información que se presenta proviene de procesamientos propios de la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC), para el total de aglomerados urbanos relevado en cada onda.

Palabras clave: mercado de trabajo, hogares, estructura social



Introducción

Los cambios ocurridos durante la década del '90 en Argentina dieron lugar a una serie de consecuencias que se reflejaron no solamente en la situación económica de la población sino también en la situación social y política. La implementación de políticas neoliberales concluyó por desmantelar el sistema productivo nacional, afianzado desde los primeros gobiernos peronistas en la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). Dicho proceso de desmantelamiento, iniciado desde la década del '70, dio lugar a una lógica de acumulación centrada en la valorización financiera y la desindustrialización. Sin el fomento del empleo se reforzó la desintegración social caracterizada por el resquebrajamiento del mundo laboral y el desmantelamiento de los ámbitos sindicales que empezaban a perder su razón de ser y poder de negociación. Este nuevo escenario contrajo no sólo un aumento del desempleo sino también de la precariedad laboral y la informalidad. Todo ello repercutió en una disminución del peso relativo de la clase obrera, así como en una progresiva cerrazón de la estratificación social en relación a las posibilidades de ascenso social (Dalle, 2012).

Tras la crisis social, económica y política de 2001 comenzó un proceso de reestructuración de la economía, con un sentido orientado a la mejora de las condiciones laborales y la recuperación de los salarios. La progresiva recomposición del mercado laboral permitió a muchas personas previamente excluidas del mismo insertarse nuevamente en el ámbito productivo, mejorando de esta manera sus condiciones de vida y su posición en el tejido social: las posibilidades de acceso a nuevos puestos de trabajo permitieron que se diera “un proceso de recomposición social de la clase trabajadora consolidada y amplios sectores de las clases medias tradicionales” (Dalle, 2012:80).

Este proceso operó de manera diferente según el género y la posición ocupada en los hogares. En este período la tasa de empleo femenina creció más de tres puntos porcentual, mientras que la masculina se incrementó dos puntos porcentuales. Sin embargo, la tasa de ocupación de los jefes de hogar varones se incrementó más de un punto porcentual, mientras que la de las jefas de hogar se mantuvo inalterada, creciendo entre ellas la inactividad.

Llegado a este punto es importante recalcar las dificultades que presenta la operacionalización del concepto de estructura de clases, la que hace referencia al jefe de hogar. En este sentido nos parece

importante recalcar que la utilización de este enfoque nos permitirá conocer la situación y evolución de las mujeres con sus particularidades en tanto cónyuges o jefas del hogar. En ambas circunstancias la posición de las mujeres ha evidenciado cambios que merecen la pena ser estudiados.

Entre 2003 y 2014, en un contexto de amplia asalarización, se registró un incremento de la clase media superior (que pasa del 18,6% del total de población ocupada a un 22,6%) y en el descenso del resto de las clases (Cuadro 1). El proceso de movilidad social implicó un engrosamiento de las clases medias y un descenso del resto de las facciones, siendo el descenso mayor el registrado en las clases populares¹.

Cuadro 1
Estratificación de la población ocupada según clases y categoría ocupacional
4tos trimestres 2003, 2008, 2010 y 2014
(En % de población ocupada)

Población ocupada	2003	2008	2010	2014
Clase alta	0,7	0,6	0,6	0,3
Grandes propietarios de capital (+40 emp)	0,1	0,1	0,2	0,0
Altos gerentes y directores de empresas privadas	0,5	0,4	0,3	0,0
Altos funcionarios del sector público	0,1	0,1	0,1	0,2
Clase media superior	18,6	22,0	22,6	22,6
Medianos y pequeños propietarios de capital	0,9	1,3	0,9	0,3
Profesionales liberales cuenta propia	3,0	3,2	3,5	3,8
Profesionales asalariados	14,2	16,8	17,6	18,1
Jefes intermedios y supervisores de trabajadores no manuales	0,5	0,7	0,5	0,5
Clase media inferior	22,7	22,0	21,7	22,0
Micro-empresarios (1 a 5 emp.)	2,9	3,3	3,0	3,2
Comerciantes cuenta propia con firma establecida	4,0	3,4	3,3	3,8
Técnicos autónomos	1,5	1,6	1,7	1,8
Técnicos asalariados	4,3	4,1	4,2	3,4
Docentes y trabajadores de la salud	4,2	3,1	3,0	3,2
Empleados administrativos subalternos	5,6	6,3	6,1	6,5
Supervisores de obreros	0,2	0,3	0,3	0,3
Clases populares	58,0	55,4	55,2	55,1
Trabajadores manuales cuenta propia con oficio	8,5	7,7	7,7	8,7
Trabajadores cuenta propia marginales	7,2	5,7	5,8	5,8
Clase obrera calificada	19,1	21,8	21,2	20,4
Clase obrera no calificada	21,6	19,3	19,7	19,5
Trabajadores sin salario	1,5	0,8	0,7	0,6
Total	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC

¹Por las dificultades propias de las encuestas de hogares, los sectores correspondientes a la clase alta resultan siempre esquivas para el análisis.



Este proceso de movilidad social operó de diversas maneras de acuerdo a las características de los trabajadores. Así, si se efectuaran recortes de acuerdo a edad, sexo o posición en el hogar se podrían observar diferentes comportamientos. En muchas oportunidades, el análisis “tradicional” de clase resulta criticado ya que aplica al total del hogar la posición del jefe, que es generalmente el miembro del hogar más comprometido con el mercado laboral (Gómez Rojas, 2011). Asimismo, en las sociedades capitalistas, tal como es la argentina, la mayoría de las personas adquieren tanto status como recompensas económicas por medio del trabajo remunerado, y es por eso que resulta el objeto central de la investigación de la estructuración social (Wright, 2010). Esto deja fuera del análisis a una importante proporción de la población, por ejemplo, a la mayoría de las mujeres, que o bien son inactivas o se encuentran desocupadas. Por esto, haremos un análisis en que se tomará en cuenta, en principio, a la población ocupada teniendo en cuenta su sexo, y luego la situación laboral y monetaria imperante en los hogares de las mujeres inactivas.

Mujeres y varones en el mercado laboral

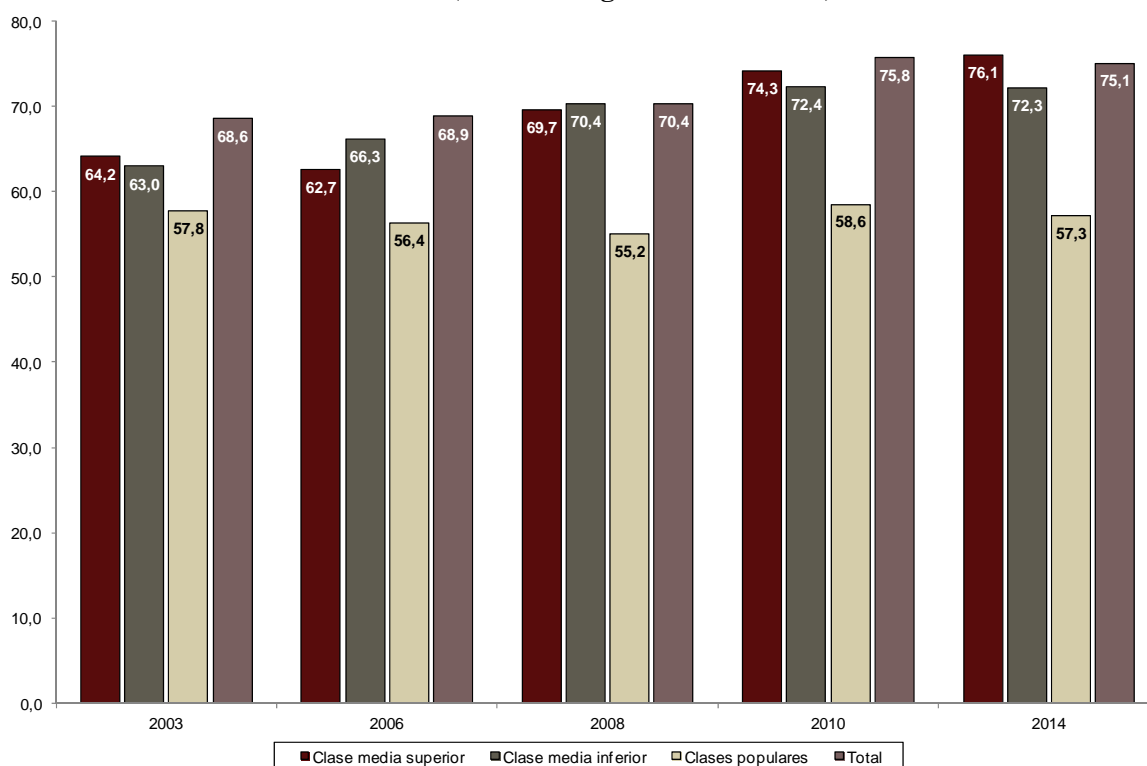
Al mismo tiempo que se evidenciaban estos cambios en la estructura laboral, se verificaban nuevas configuraciones en las relaciones familiares y de género. Por un lado, un importante incremento de mujeres jefas de hogar ocupadas, en su mayoría mujeres solas; por el otro, un decrecimiento de las mujeres cónyuges ocupadas. Estos eventos repercutieron, asimismo, en las diferentes clases de la estructura laboral.

Entre las mujeres, se dio un incremento superior que entre los varones de la clase media superior, promovido principalmente por las profesionales asalariadas, que pasaron de representar el 20% de las ocupadas en 2003 al 25% en el 2014. La mayor parte de las mujeres ocupadas, sin embargo, lo ocupa la clase obrera no calificada (28% contra un 13% en los varones). Esto se explica por el importante peso del servicio doméstico. Para los varones, en cambio, la mayor categoría ocupacional lo constituye la clase obrera calificada, la cual se incrementó durante la década kirchnerista gracias a la reactivación de la industria.

Las mayores credenciales educativas alcanzadas por las mujeres le permitieron acceder en mayor medida a puestos profesionales y, por tanto, engrosar la clase media superior. Sin embargo, esta situación no se condice con los ingresos percibidos. Aun cuando, entre 2003 y 2014, los ingresos medios de las mujeres lograron acortar la brecha frente a los ingresos masculinos, hacia 2014 las

mujeres percibían, en promedio, un 25% menos que los varones. La mayor distancia se registra entre los sectores de las clases populares, en el cual las mujeres reciben el equivalente al 57% de los varones (Gráfico 1). Su situación no presentó, casi, mejoras respecto al 2003, mientras que en la clase media, tanto superior como inferior, la brecha se redujo.

Gráfico 1
Relación de ingresos mujeres/varones según clase social
4tos trimestres 2003, 2008, 2010 y 2014
(En % de ingresos masculinos)



Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC

Esta diferencia de ingresos para las mismas clases y categorías ocupacionales se debe, en parte, a que las mujeres trabajan menos horas que los varones. Debido a la dificultad de tener que complementar el trabajo doméstico no remunerado, que sigue recayendo casi exclusivamente en las mujeres, con la participación en el mercado laboral, las mujeres trabajan en promedio 10 horas semanales menos que los varones. Esta situación es más pronunciada en el caso de las clases populares, donde los varones trabajan en promedio 14 horas más que las mujeres por semana. Dado que, entre las mujeres, las pertenecientes a esta clase son en su mayoría personal de casas particulares, el trabajo peor remunerado en el mercado laboral, las diferencias de ingresos



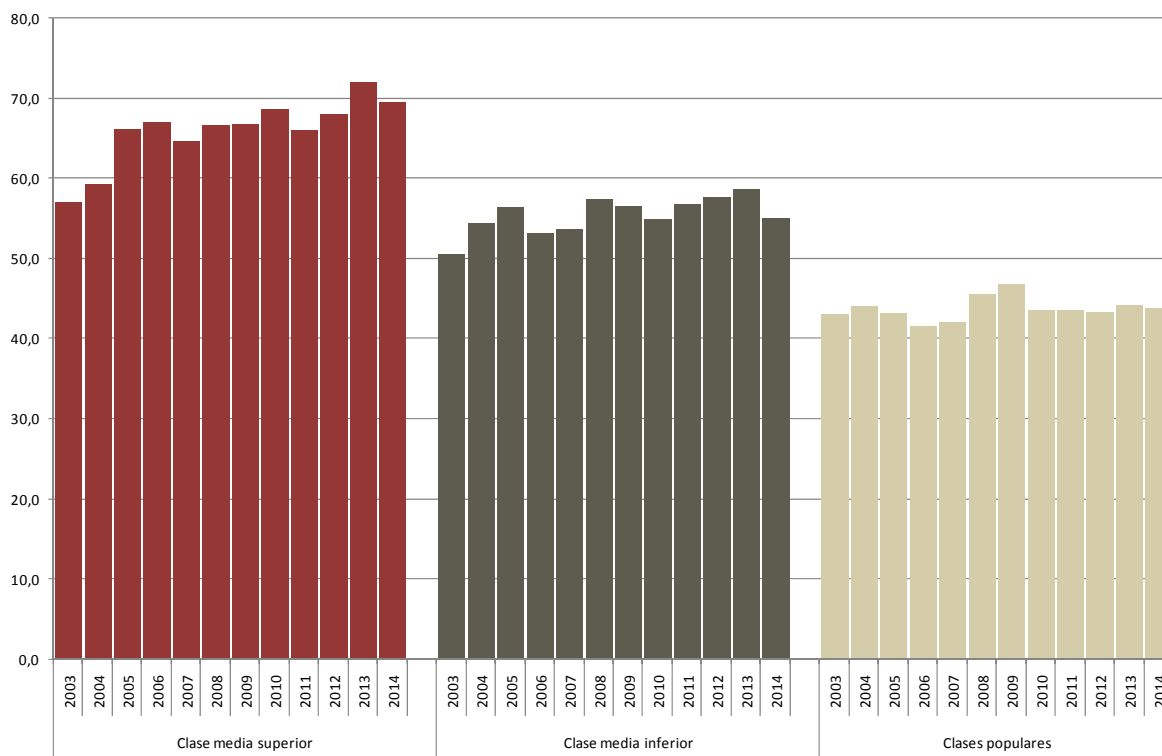
mensuales son notorias. En el caso de las clases medias superiores, resulta interesante destacar que la diferencia entre el total de horas trabajadas según sexo se redujo entre 2003 y 2014. Es entre las y los trabajadores administrativos subalternos donde la brecha tanto de ingresos como de horas trabajadas es más reducida, y esto permite solventar lo anteriormente dicho: los trabajos administrativos resultan, generalmente, los más restrictivos en referencia a la jornada laboral.

Los roles del hogar

Antes de adentrarnos de lleno en la forma en la que los cambios en la estructura de clases impacta en los roles de género en el hogar vale la pena dos aclaraciones. Primero, nuestro análisis se centrará en los roles de género que están relacionados con el mercado laboral. Más nos gustaría poder centrarnos en la distribución de tareas al interior del hogar, pero nuestra fuente de datos (la EPH), si bien cuenta con un apartado que abarca algunos interrogantes sobre el tema, arrojaría más incógnitas que certezas en relación a esta distribución. Y, en segundo lugar, no creemos que este análisis sea exhaustivo en relación al tema, pero si consideramos que permitirá explorar una parte de la relación entre los roles familiares de varones y mujeres. Para esta exploración tomamos con universo los hogares conyugales con jefe varón y de estos analizamos la condición de actividad de las mujeres cónyuges según la clase social.

El análisis de la inserción laboral de las mujeres cónyuges se ubica dentro de los estudios de *estrategias familiares de vida* (Torrado, 1982), las que no siempre son voluntarias ni están siempre condicionadas. En cada estrato encontramos una forma diferente y particular de conciliar la vida laboral y familiar, en algunos casos como opción personal pero por lo general por cuestiones relacionadas con la maximización de los recursos del hogar. Esto es así ya que las clases altas o medias superiores suelen acceder a servicios de cuidado por fuera del hogar, por lo general, a través del mercado, mientras que en las clases populares estos servicios son absorbidos por el mismo hogar, generalmente por las mujeres que lo habitan.

Gráfico2
Mujeres cónyuges ocupadas según clase
4tos trimestres 2003-2014
 (En % de las mujeres cónyuges de cada clase)

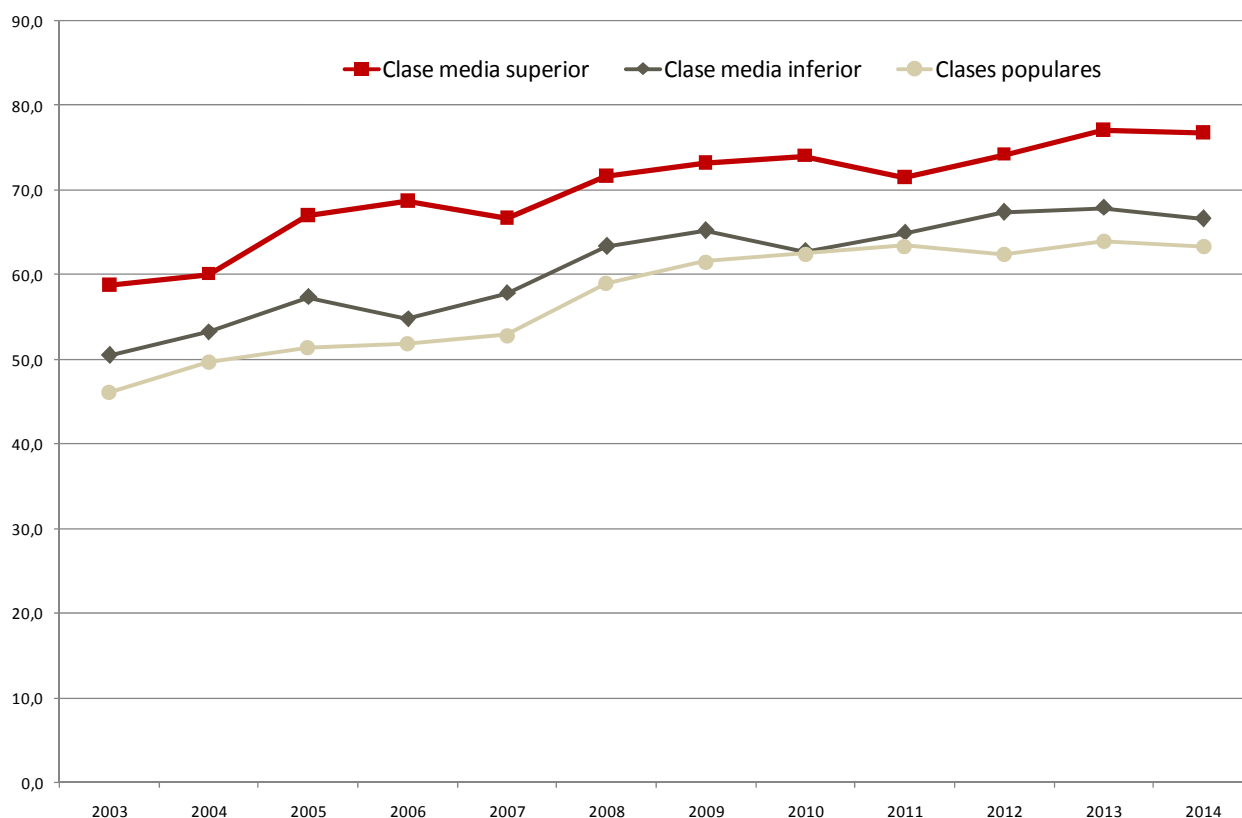


Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC

Los datos analizados en el gráfico precedente parecen dar la razón a esta hipótesis. Descontando los hogares de clase alta, cuya significación es muy baja, las cónyuges de hogares de clase media superior son las que mayor participación laboral tienen y las que más la han aumentando en los últimos años. En 2003 el 57% de ellas se encontraba ocupada, proporción que asciende al 69,4% en 2014. Por su parte, las mujeres cónyuges de las clases populares sólo incrementaron su participación laboral en 0,7 puntos porcentuales; entre ellas la inactividad crece en mayor medida que el empleo (3,6 puntos porcentuales).

Crecen, asimismo, en todas las clases, las cónyuges que perciben algún ingreso propio. Entre los hogares de la clase media y media superior crecen las mujeres cónyuges que perciben ingresos laborales, mientras que entre las cónyuges de los hogares de las clases populares disminuye la percepción de ingresos producto del mercado de trabajo, situación que se compensa por ingresos de otras fuentes.

Gráfico3
Mujeres cónyuges con ingresos propios
4tos trimestres 2003-2014
(En % de las mujeres cónyuges de cada clase)



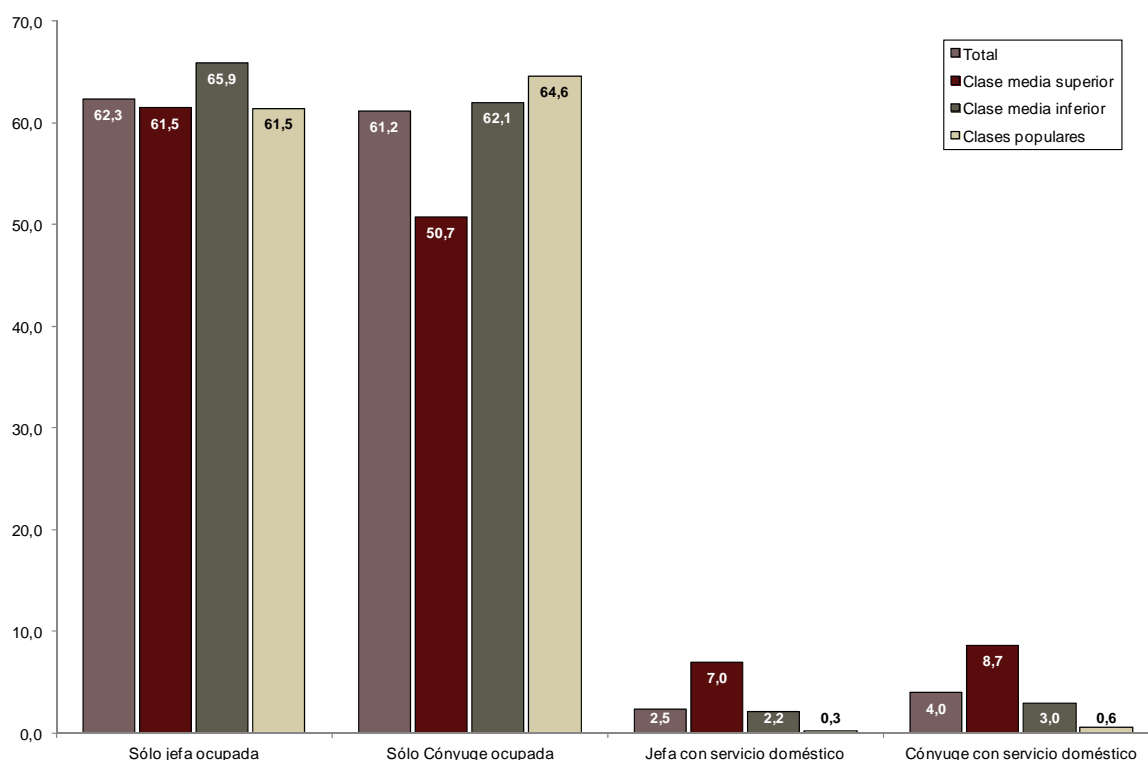
Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC

Ambas cuestiones, la participación laboral y la percepción de ingresos, dan cuenta de las diferentes estrategias de reproducción de las clases. Estas estrategias no hace más que confirmar que la conciliación entre la vida familiar y laboral difiere en cada estrato social, y, como sostiene Micha (2013) “impactan a su vez en la capacidad de acceder al mercado de trabajo y en las inequidades de género dentro del hogar. De esta forma se demuestra la dialéctica entre género y clase atravesada en este caso por la organización social del cuidado.” Dicha organización social, sin embargo, sigue recayendo mayoritariamente sobre las mujeres del hogar. En el caso de las jefas de hogar ocupadas en hogares con menores, las tareas del hogar recaen mayoritariamente sólo en ellas. No se encuentra una gran diferencia en este sentido entre las clases: tanto las mujeres de clase media superior como las de la clases populares realizan en un 61,5% ellas solas las tareas del hogar, mientras que para las de clase media inferior esta proporción se eleva al 65%. Las diferencias, en este caso, están dadas

en de dónde proviene la ayuda extra de las que disponen quienes no ingresan en estos porcentajes: para las mujeres de clase media superior, el trabajo doméstico les permite delegar en mayor medida las tareas del hogar que en las clases subordinadas, siendo para estas últimas mucho más marcado el recurso a diferentes miembros del hogar (Gráfico 4).

Para el caso de las cónyuges ocupadas sí puede apreciarse una diferenciación al interior de las clases. Sólo la mitad de las cónyuges en hogares con menores de la clase media superior realizan sin ayuda las tareas domésticas, mientras que para sus pares de la clase media inferior y de las clases populares la proporción es del 62% y del 64% respectivamente. Para las cónyuges de la clase media superior, no sólo el recurso al servicio doméstico es más frecuente que para las cónyuges de las clases subordinadas, y que las jefas de su misma clase, sino también el recurso a dividir las tareas domésticas entre varios miembros del hogar.

Gráfico4
Mujeres ocupadas según posición en el hogar y realización de tareas domésticas
4to trimestre 2014
(En % de las mujeres de cada clase)



Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC



El rol de las mujeres inactivas y la acción del Estado

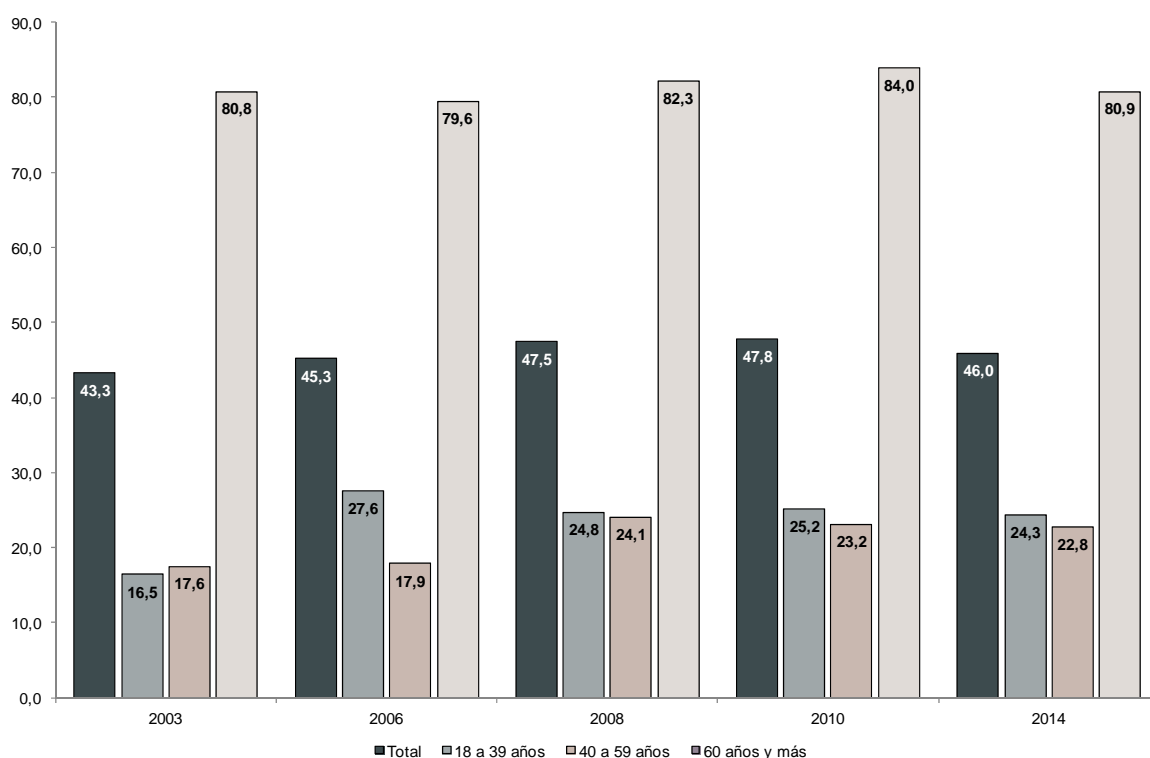
Más allá del incremento en la tasa de empleo femenina, para el cuarto trimestre de 2014 un 48,5% de las mujeres adultas se encontraban fuera del mercado laboral. Evidentemente, la edad es el factor más importante a la hora de analizar el por qué de la inactividad femenina: en el caso de las mujeres de 60 años y más, la inactividad fue del 82,5%, manteniéndose relativamente estable durante todo el período. En el caso de las mujeres en edad activa (18 a 59 años) puede apreciarse un tenue y continuo incremento de la proporción de inactivas entre 2003 y 2014, pasando del 36,5% al 38,3%. La no inserción en el mercado laboral de estas mujeres las condiciona, muchas veces, a quedar fuera de los análisis de estructuración o depender de la clase derivada de la actividad del jefe de hogar en el caso de ser cónyuges, opacando su rol y aporte a la supervivencia de los hogares, ya sea por ser perceptoras de ingresos no laborales o bien como trabajadoras domésticas no remuneradas, ocupadas del cuidado de otros miembros del hogar.

Jefas de hogar inactivas

En el caso de las jefas de hogar, la inactividad aumentó del 43,3% al 46% entre 2003 y 2014. Sin contar el caso de las jefas de 60 años y más (donde la inactividad fue entre el 80 y el 85% en el período analizado), fue entre las mujeres en edad reproductiva donde la inactividad fue mayor, y específicamente en jefas de hogar donde vivían menores de 18 años. De hecho, hacia 2003 un 56,4% de las jefas de hogar de entre 18 y 39 años convivían en sus hogares con menores, una proporción similar a las jefas de entre 40 y 59 años. Sin embargo, la proporción de jefas inactivas con menores en el hogar se incrementó hasta alcanzar al 73% del total de las jóvenes jefas inactivas en 2014.

La composición de los hogares de las inactivas también se vio modificada: en el caso de las jóvenes, la proporción de mujeres inactivas en hogares con núcleo completo pasó del 14,3% al 46,1%, lo que implicó un descenso de las mujeres jefas sin cónyuge en el hogar del 76% al 41%. Más de la mitad de las jefas jóvenes inactivas pasó a tener un cónyuge activo en el hogar, en claro contraste con lo ocurrido con las mujeres de mayor edad: si bien entre las mujeres de 40 a 59 años la proporción de jefas sin cónyuge en el hogar también descendió, lo hizo con menor intensidad (del 80% al 60%). En el caso de las mayores, no se registraron cambios significativos: más del 90% de las jefas inactivas de 60 años y más no tenían cónyuge en el hogar y la mitad de ellas habita en hogares unipersonales.

Gráfico5
Jefas de hogar inactivas según tramos de edad
4tos trimestres 2003, 2006, 2008, 2010 y 2014
(En % de jefas de cada tramo)



Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC

Uno de los motivos del incremento de jóvenes jefas de hogar inactivas lo constituye la posibilidad del acceso a ingresos propios por fuera del mercado laboral, gracias a la reestructuración del potencial de la seguridad social promovido por el Estado nacional, y que permitió a muchas mujeres que, o bien no disponían de ingresos propios o se encontraban insertas en el mercado informal, con acceso a salarios bajos, pudieran acceder a transferencias condicionadas de ingresos. La implementación de la Asignación Universal por Hijo² resulta fundamental para entender el mayor acceso a ingresos de un amplio sector de la población femenina. En el caso de las adultas mayores, la reforma previsional fue clave para permitir el acceso a una jubilación para mujeres que no habían

²La Asignación Universal por Hijo para la Inclusión Social comenzó a estar en vigencia a través del decreto 1602/09. Consiste en la otorgación de una suma monetaria variable de acuerdo a la cantidad de menores de 18 años que residen en hogares excluidos de la asignación familiar vigente para los trabajadores registrados, es decir, tiene como objetivo lograr una mayor inclusión para los sectores excluidos de la formalidad laboral. A partir de 2013, se instauró la obligatoriedad de que sea la madre o persona femenina a cargo de los menores quien percibiera la suma e intermediaran entre los servicios del Estado y los menores.

realizado aportes durante su edad activa, permitiendo así el acceso a una jubilación mínima que pudiera solventar los gastos propios de la tercera edad.

Como puede apreciarse en el cuadro 2, la percepción de subsidios monetarios en el caso de las mujeres de 18 a 39 años se incrementó tras la implementación de la AUH en 10 puntos porcentuales, estabilizándose en un 37% a partir de allí. Lo mismo había sucedido tras la implementación de la moratoria previsional, principalmente tras la masiva incorporación de 2007: las jefas de hogar inactivas de la tercera edad que percibían jubilación y/o pensión se incrementaron en más de 10 p.p. entre 2006 y 2010.

Cuadro2
Jefas de hogar inactivas según percepción de ingresos y tramos de edad
4tos trimestres 2003, 2006, 2010, 2012 y 2014
(En % de jefas inactivas de cada tramo)

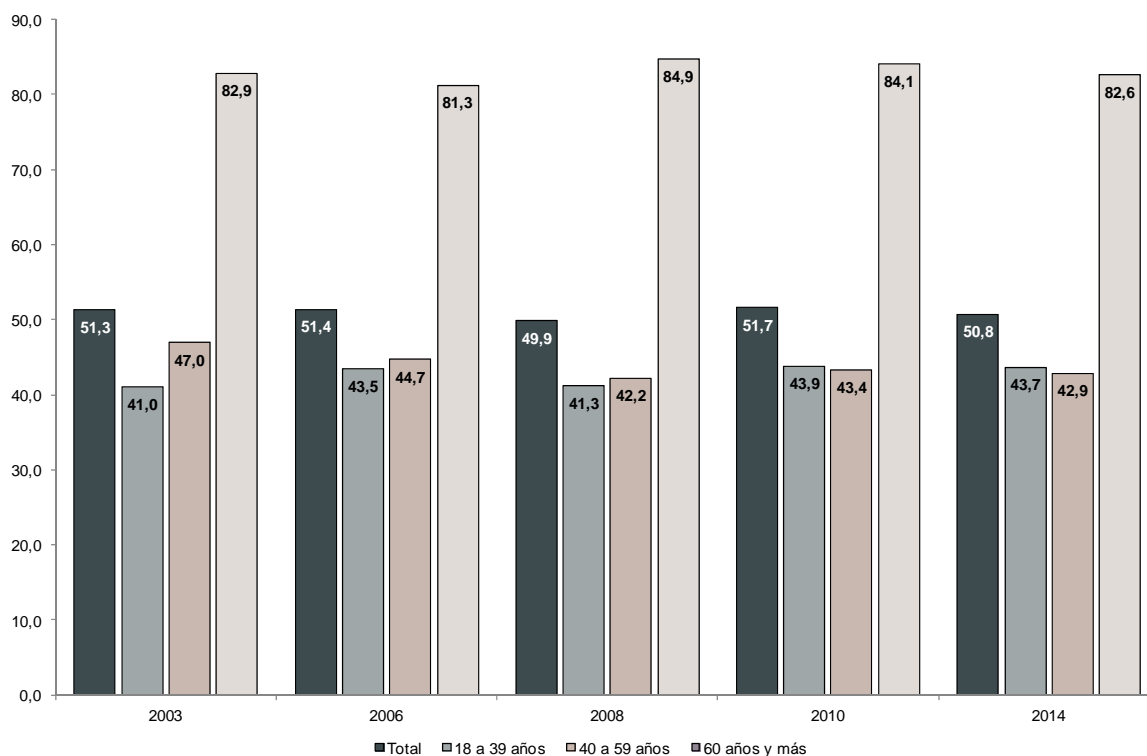
Jefas inactivas		2003	2006	2010	2012	2014
Total	Perciben subsidios	3,9	5,9	6,5	7,5	7,7
	Perciben jubilación	71,6	67,2	75,0	74,3	72,8
18 a 39 años	Perciben subsidios	10,2	14,7	26,0	36,9	37,0
	Perciben jubilación	8,2	3,3	5,2	6,3	7,9
40 a 59 años	Perciben subsidios	12,7	17,3	11,9	11,6	10,6
	Perciben jubilación	34,8	33,1	43,0	41,2	40,4
60 años y más	Perciben subsidios	1,5	1,8	1,3	0,6	1,1
	Perciben jubilación	85,8	87,5	96,5	95,8	94,1

Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC

Cónyuges inactivas

La inactividad es superior en el caso de las mujeres cónyuges del jefe de hogar, principalmente para el caso de las mujeres jóvenes y adultas, ya que las cónyuges de 60 años y más tienen una proporción de inactividad muy similar a las jefas. Hacia el último trimestre de 2003, las cónyuges jóvenes inactivas representaban un 41% del total de las cónyuges del mismo tramo etario, proporción que ascendía al 47% en el caso de las adultas (Gráfico 6). Estas últimas comenzaron a ingresar en el mercado de trabajo en mayor medida, mientras que las cónyuges jóvenes realizaron el camino contrario, hasta casi igualarse en el año 2014 (43,7% de inactivas entre las cónyuges jóvenes y 42,9% en las adultas).

Gráfico6
Cónyuges inactivas según tramos de edad
4tos trimestres 2003, 2006, 2008, 2010 y 2014
(En % de cónyuges de cada tramo)



Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC

Las cónyuges jóvenes inactivas que viven en hogares sin menores son una minoría, representando tan sólo el 25%. La proporción aumenta en el caso de las adultas, en que el ciclo familiar ya comienza a expulsar a los hijos de los hogares paternos.

Las cónyuges inactivas, en este caso, pueden incorporarse a la estructura de clases de acuerdo a la inserción laboral del jefe de hogar. En el caso de las adultas mayores, se trata en su mayoría de hogares donde el jefe se encuentra, también, inactivo; en este caso, para poder acceder a qué posición ocupan dentro de la estructura social sería necesario ver las calificaciones que hayan tenido en la edad activa, o, si se toman en cuenta los ingresos, a qué tipo de jubilación acceden, si es que lo hacen.

En el caso del resto de las cónyuges inactivas, la mayor parte de ella, y en espejo a lo visto en las páginas anteriores, pertenece a las clases populares, en especial a la clase obrera calificada y, en menor medida, a otros sectores populares más informales. Por ello es que, en menor medida que las mujeres jefas de hogar inactivas, las cónyuges inactivas perciben también ingresos no laborales que permiten complementar los ingresos de sus parejas. De esta manera, entre las mujeres más jóvenes, la proporción de cónyuges inactivas que perciben subsidios pasó del 5,1% en 2003 a más del 30% en 2014, mientras que en las adultas este incremento fue del 1,5% al 10%. Más notoria resulta la proporción de cónyuges de 60 años y más que accedieron a una jubilación: mientras que antes de la reforma previsional la jubilación y/o pensión contributiva cubría solamente al 30% de las cónyuges adultas mayores inactivas, esta proporción ascendió hasta el 80% en los años posteriores, asemejándose a la cobertura que tienen las jefas de hogar en su misma situación.

Cuadro3
Cónyuges inactivas según percepción de ingresos y tramos de edad
4tos trimestres 2003, 2006, 2010, 2012 y 2014
(En % de cónyuges inactivas de cada tramo)

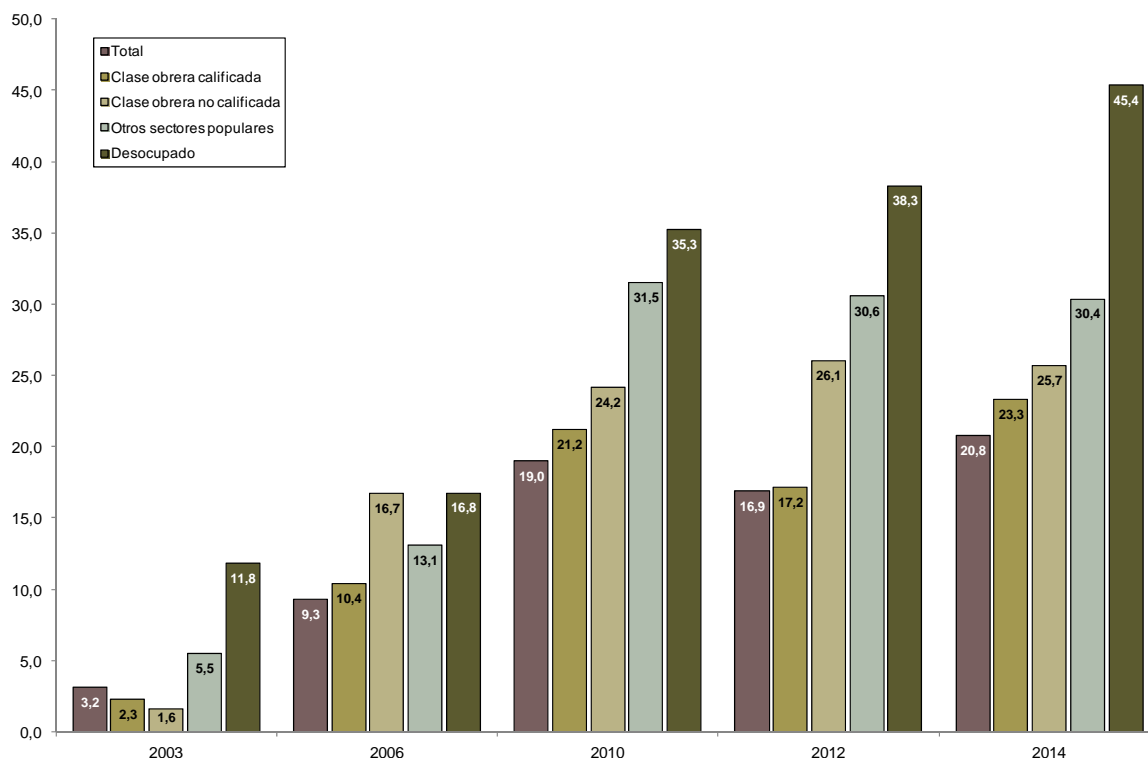
Cónyuges inactivas		2003	2006	2010	2012	2014
Total	Perciben subsidios	2,5	6,8	13,0	11,7	14,6
	Perciben jubilación	10,9	13,2	30,2	31,2	29,3
18 a 39 años	Perciben subsidios	5,1	13,7	27,7	27,9	31,6
	Perciben jubilación	0,7	1,4	2,2	3,2	2,0
40 a 59 años	Perciben subsidios	1,5	4,9	10,6	6,0	9,9
	Perciben jubilación	3,9	4,8	7,9	13,4	11,9
60 años y más	Perciben subsidios	1,5	1,8	1,3	0,6	1,1
	Perciben jubilación	30,6	35,5	82,8	80,5	79,7

Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC

Con respecto a la situación laboral del jefe para el caso de las cónyuges inactivas, puede observarse que, efectivamente, los subsidios están orientados a los hogares con una inserción laboral más precaria (Gráfico 6). Así, si bien los hogares con cónyuge inactiva que perciben subsidios pasaron del 4% en 2003 al 21% en 2014, es principalmente entre aquellos hogares donde el jefe está desocupado donde más se ha centrado el otorgamiento de subsidios a las cónyuges inactivas de entre 18 y 59 años. El siguiente tipo de hogares con cónyuge inactiva perceptora de subsidios es aquél perteneciente a sectores populares no asalariados (entre los que se cuentan trabajadores cuenta propia de los servicios y la construcción, vendedores ambulantes y otros trabajadores no asalariados

sin calificación), un grupo caracterizado por la inestabilidad laboral y los bajos ingresos, para el cual la posibilidad de acceder a transferencias monetarias de ingresos resulta esencial para mejorar su calidad de vida. Finalmente, la clase obrera, al tener mayor cantidad de cónyuges inactivas, también incrementó la proporción de subsidios que éstas perciben, pasando del 1,6% al 25,7% en el caso de los no calificados y del 2,3% al 23,3% en el de los calificados.

Gráfico5
Jefes en hogares con cónyuges inactivas receptoras de subsidios según inserción laboral
4tos trimestres 2003, 2006, 2008, 2010 y 2014
(En % de jefes de cada grupo)



Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC

Reflexiones finales

A lo largo del trabajo hemos intentando arrojar alguna evidencia empírica acerca de los cambios en la estructura de clases y su impacto en las relaciones de género. Hemos comprobado que hubo tanto un aumento de la tasa de ocupación femenina como de la inactividad, y que ambos incrementos se dan de forma diferente en relación a la clase social de la cual forman parte las mujeres. Además,



aún cuando en la actualidad hay más mujeres con ingresos que resultan más altos que en años anteriores, estos ingresos, aún en categorías ocupacionales similares son más bajos que los de los varones. Las mujeres de clases populares, además, se encuentran en mayor medida ocupadas en puestos de trabajo precarios e inestables. Las diferencias entre las mujeres de clases populares y las mujeres de las clases medias son, además, más profundas que las existentes entre los varones de esas clases.

Las cargas del cuidado y del ciclo familiar inciden, además, en llevar a las mujeres a trabajar menos horas que los varones, teniendo así al final del mes menos dinero disponible y, por tanto, menor autonomía económica en términos cualitativos. Tanto las jefas de hogar ocupadas como las cónyuges continúan siendo las principales encargadas del trabajo doméstico no remunerado en los hogares con menores, aun cuando en los hogares conyugales de clase media superior la posibilidad de acceder al servicio doméstico remunerado alivia las cargas y posibilita la salida al mercado laboral de las cónyuges.

La autonomía económica en términos cuantitativos mejoró en el período analizado, en el sentido de que más mujeres acceden a ingresos propios, aun cuando sean menores que los ingresos masculinos. Un importante colectivo dentro de las mujeres lo constituyen aquellas que no están insertas en el mercado laboral, esto es, las mujeres inactivas. Las políticas de Estado del gobierno nacional durante el período posneoliberal permitió que cada vez más mujeres inactivas accedieran a ingresos propios y pudieran así aportar a una mejor calidad de vida dentro del hogar. Aquellas mujeres en edad de jubilarse que no habían tenido aportes propios en su período activo accedieron a una moratoria previsional que les permitió disponer, en una amplia mayoría, a ingresos provenientes de jubilaciones. Esto es en especial evidente para las cónyuges, ya que una gran parte de las jefas de hogar de más de 60 años no tienen pareja en el hogar y, muy probablemente, perciben pensiones de sus maridos, que estuvieron en mayor medida ocupados en puestos formales.

La mayor parte de las cónyuges inactivas pertenecen a las clases populares. El acceso a ingresos propios permite solventar los bajos ingresos de sus parejas y posibilitan la reproducción del hogar al solventar los gastos y servicios propios de la educación, alimentación y salud de los menores. El incremento de jefes desocupados con cónyuges inactivas da cuenta, por su parte, de la importancia que tienen estos ingresos para mantener a los hogares. Se presencia, al mismo tiempo, una mayor



presencia de mujeres jefas de hogar inactivas, entre las cuales creció la proporción de aquellas que disponían de un cónyuge dentro del hogar. Las condicionalidades propias de la mayor política de transferencias de ingresos para los hogares en la actualidad, la Asignación Universal por Hijo, permite una mejor comprensión de este fenómeno, al haber impuesto la obligatoriedad de que fueran las mujeres las receptoras. Aun cuando, al mismo tiempo, las posiciona en el papel de mediadoras frente a los servicios del Estado y fomentan su rol tradicional de cuidadoras, no puede dejarse de lado el importante aporte que estos ingresos significan dentro de los hogares. Asimismo, la disponibilidad de dichos ingresos opera como un salario de reserva, por el cual muchas de las mujeres de sectores populares pueden evitar la inserción en los puestos laborales precarios que les estarían reservados.

De esta manera, si bien nos encontramos como que las mujeres están hoy mejor posicionadas en relación al empleo y la percepción de ingresos, todavía están en desventaja frente a los varones, y son las mujeres de sectores populares quienes enfrentan las diferencias más profundas.



Bibliografía

Dalle, P. (2012) “Cambios recientes en la estratificación social en Argentina (2003-2011). Inflexiones y dinámicas emergentes de movilidad social”, en *Argumentos. Revista de Crítica Social*, N°14, pp.77-114, Octubre de 2012, Buenos Aires.

Gómez Rojas, G. (2011) “Las mujeres y el análisis de clase en Argentina: una aproximación a su abordaje” en *Laboratorio*, N°24, pp. 119-133, Buenos Aires. [Disponible en <http://tinyurl.com/lekcpug>]

Micha, A. (2013) “La dialéctica entre clase y género para el estudio de las clases en Argentina”, en *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, n°11-12, diciembre de 2013, IDES [Disponible en <http://tinyurl.com/pptccnx>]

Torrado, Susana (1982) “El enfoque de las estrategias familiares de vida en América Latina. Orientaciones teórico metodológicas” Cuaderno del CEUR n°2.

Wright, E. (2010) “Comprender la clase: Hacia un planteamiento analítico integrado”, en *New LeftReview*, N°50, pp. 98-112 [Disponible en <http://tinyurl.com/m9xbr23>]